

Gonçalo M. Tavares

Mateo perdió el empleo





Seix Barral Biblioteca Formentor

Gonçalo M. Tavares

Mateo perdió el empleo

Traducción del portugués por
Rosa Martínez-Alfaro

Título original: *Matteo perdeu o emprego*

© Gonçalo M. Tavares, 2010

Publicado de acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K.,
Frankfurt am Main, Germany

© por la traducción, Rosa Martínez-Alfaro, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: © Diogo Castro Guimarães y © Luis Maria Baptista

Los nombres de los personajes de esta obra tienen su origen en un trabajo de
Daniel Blaufuks

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-322-4195-6

Depósito legal: B. 5509-2023

Composición: La Nueva Edimac

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

- 11 Aaronson y la primera rotonda
- 17 Ashley y el pedido
- 25 Baumann y la basura
- 31 Boiman y la observación
- 37 Camer y la encuesta
- 43 Cohen, el hombre de los tics
- 49 Diamond y la educación
- 59 Einhorn y el hotel
- 63 Glasser y la batería
- 73 Goldberg y las horas
- 77 Goldstein y la tabla periódica
- 83 Gottlieb y la espalda
- 87 Greenberg y la silla eléctrica
- 91 Greenfield y los experimentos científicos
- 97 Helsel y el almacén
- 105 Holzberg y la segunda rotonda
- 111 Hornick y el laberinto
- 117 Horowitz y la salvación

-
- 123** Indictor y el muchacho
131 Kashine y el NO
139 Kessler y el barco
147 Klein y la locura
151 Koen y el claro en la selva
157 Levy y la selva
161 Mateo perdió el empleo

Nedermeyer y la primera rotonda

- 185** Notas sobre *Mateo perdió el empleo* (Epílogo)





AARONSON Y LA PRIMERA ROTONDA

Aaronson no siempre estuvo muerto.

De hecho, durante un cierto periodo, Aaronson fue, sin exagerar, un ser vivo.

Entre los veintisiete y los treinta años, Aaronson circulaba —como un insecto obcecado— alrededor de una rotonda.

Todas las mañanas, entre las siete y las siete y media, se veía a un hombre circundar la rotonda principal de la ciudad, rotonda en la que desembocaba el sesenta por ciento del tráfico.

A las siete de la mañana, el humo de los automóviles era menor que al final de la tarde; sin embargo, incluso así, había humo, metal y, también, la velocidad de algunos automóviles. Y allí, en medio de todo, jugándose la vida, un hombre daba cientos de vueltas a la rotonda. Aaronson.

Cualquier hábito, la repetición de cualquier acto por más absurdo que sea, se asume rápidamente: lo

excepcional se transforma en pocas semanas; en algunas circunstancias solo se necesitan unos días para que lo monstruoso y lo informe se vuelva normalidad y costumbre. En definitiva: un hecho al que no se le presta atención, paisaje.

Entre las siete y las siete y media, los automovilistas que por costumbre pasaban por la rotonda ya sabían que, también por costumbre, un hombre, vestido exactamente con unos pantalones y una camiseta de ciclista, circulaba por allí. Cientos y cientos de veces alrededor de la misma rotonda, como un coche que no conociese el camino, que dudase entre tomar una dirección u otra; que se pasease por allí, sin arriesgar, sin tomar opción alguna. Mientras me mantengo en la rotonda no me pierdo, al menos, no vuelvo atrás. Y he aquí uno de los atractivos de este tipo de circulación, una circulación casi infinita si no fuera porque él la terminaba con exactitud a las trescientas vueltas: alrededor de una rotonda nadie vuelve hacia atrás, nadie se equivoca, nadie tiene que asumir el error de invertir la marcha. La vida, a pesar de todo, es fácil. En una rotonda.

A nadie le gusta que lo humillen y Aaronson (si fuese un automóvil), al menos, no tomaba la carretera equivocada. Trescientas vueltas para ganar velocidad y, después, de regreso a casa. *¡No te arriesgues!*, parecía susurrarle alguien al oído.

Hablemos ahora brevemente de la rotonda: una circunferencia perfecta. Diámetro: imposible

saberlo con certeza, pero era exacto; un número sin redondeo.

Aaronson, entre los veintisiete y los treinta años, periodo en el que corría entre las siete y las siete y media de la mañana alrededor de la rotonda principal de la ciudad, no fue considerado más que un loco, pues la previsibilidad divide el peligro en dos.

Sin embargo, unos días después de cumplir los treinta dejó de correr por la rotonda.

Dejaron de verlo. Y dejaron de verlo porque Aaronson murió. Y la ciudad se avergüenza tanto de un cuerpo muerto que, como máximo, en una hora, el cuerpo desaparece. Si alguien quiere ver el cuerpo muerto que se dirija, pues, al lugar en cuestión durante ese periodo mínimo en que el muerto está muerto en plena ciudad.

(Se protege más a los muertos que a los vivos, y es que la urbe tiene sus reglas y su manera de funcionar. Su higiene, se diría, y, con razón.)

De suerte que Aaronson murió de la manera siguiente: había cumplido treinta años. Era un hombre aparentemente normal, a excepción de eso, de aquella carrera, aunque para él había algo incompleto. Una vez el conductor de un coche, unos meses atrás, paró el motor y le preguntó: *¿por qué corre por aquí? Es peligroso.*

Aaronson le agradeció la preocupación. No respondió nada concreto, un simple: *porque me gusta*, quizá. Se encogió de hombros y siguió corriendo.

Así y todo, aquel día algo cambió. Aaronson había tomado una decisión.

Así fue cómo murió: a las siete y media de la mañana se encaminaba hacia su carrera habitual alrededor de la rotonda, pero ese día, curiosamente, empezó a correr en sentido contrario al de la circulación. En el tercer piso, **Nedermeyer** lo ve todo desde la ventana de su apartamento que la víspera acabó de vaciar por completo de muebles y objetos. De espaldas a la ventana, de rodillas, hay una prostituta que hace mucho que ha bajado los pantalones del señor Nedermeyer. Este, sin embargo, incluso en esa situación, no pierde detalle de lo que ocurre en la calle. Y dentro de una hora estará en el mercadillo vendiendo viejas fotografías de su boda, que llevará en un sobre.

¿Por qué razón aquel día Aaronson decidió cambiar el sentido de su carrera? La única persona que podría responder ya no habla.

Aaronson pudo dar cinco vueltas completas a la rotonda, pero en la siguiente, el automóvil que conducía el señor **Ashley** impactó a gran velocidad contra su cuerpo y lo proyectó, ya sin vida, al centro de la rotonda. De no ser porque el cuerpo humano es tan poco regular, Aaronson habría caído (o su cabeza) en el centro exacto del círculo.





ASHLEY Y EL PEDIDO

Igual que el artista plástico que nunca está satisfecho con el cuadro que pinta y, cada día, a cada momento, añade una cosa, elimina otra, da una pincelada, después otra, una obsesión estúpida, interminable, Ashley cuidaba de su automóvil.

Nunca empezaba a conducir antes de retocar algo: quitar el folleto publicitario que alguien había puesto entre el limpiaparabrisas y la luna del coche, limpiar con el dedo mojado una pequeña mancha, comprobar con el dedo índice y el pulgar la presión de los neumáticos delanteros, recorrer con el dedo la cicatriz metálica que había dejado en una de las puertas un accidente que tuvo, etcétera.

Los domingos, al final de la mañana, Ashley abría el coche y, con una toalla blanca, limpiaba lo que había que limpiar hasta que la toalla quedaba negra. Más allá de una cuestión material, se trataba de una transformación espiritual: eliminar por

completo la suciedad de aquella máquina que lo trasladaba a varios sitios del mundo.

(Auxiliar de los ojos, eso es el coche: una máquina que en una hora nos acerca a las cosas que distan cien kilómetros y, una vez llegados, podemos ver. Ver lo que antes solo podía ser contado.)

Y a Ashley una vez le pasó esto: que se durmió. Y acto seguido, estaba entregando el pedido.

Un paquete medio deforme que no le proporcionaba la más mínima pista: ¿qué habría dentro? Bueno, él tenía una misión: entregar aquel objeto sin forma que alguien había envuelto.

El domicilio de entrega estaba claro; la calle, bien explícita, y también el número: 217.

¿Cuánto debía de pesar el paquete? Tampoco era fácil definirlo: ni pesado ni demasiado ligero; se diría, si fuese posible, que a veces parecía pesar mucho y requerir de Ashley mucho esfuerzo muscular; otras veces, por el contrario, era como si el paquete suspendiera su propio peso y quien lo cargaba lo hacía cómoda, despreocupadamente. Casi se podría haber hecho un cálculo: cada diez pasos, el peso cambiaba; lo que Ashley llevaba en la mano era muy pesado (necesitaba ambas manos y toda la tensión de las muñecas) y, justo a continuación, nada: un hombre que, en algunos momentos, incluso se olvidaba de que tenía manos (de tan ligero).

Claro que ese cambio de peso podría muy bien haberse originado con el desplazamiento constan-

te de Ashley. Su cabeza, y con ella no solo los músculos y los huesos, sino lo más espiritual que hay en su interior, se volvía alternativamente hacia el paquete y hacia el mundo. Y en esa última posición mental, el peso del paquete desaparecía; como si llevase en las manos un agujero.

Pues bien, cruzó la esquina y allí estaba, en la calle correcta, sin duda. Se detuvo, leyó el nombre de la calle, pensó en lo que una vez le preguntó su hijo de cuatro años: ¿qué escritor ha escrito el nombre de las calles en las placas? Y recordó haber pensado en aquel momento que sí, que la tarea de escribir un nombre en una placa no era nada fácil: que requería, al menos, un escritor que no temblase.

Pues bien, el paquete sin forma y de peso indefinido debía ser entregado en el número 217. No fue difícil. Por suerte absoluta e inmerecida, como el mismo Ashley pensó, allí mismo, justo delante, estaba el número 217. Era en el segundo piso. Subió y llamó al timbre. Una señora abrió la puerta.

¿Señor **Baumann**? —preguntó, estúpidamente, Ashley.

Con condescendencia, la señora respondió que ella no era el señor Baumann, y que no, allí no vivía ningún señor Baumann.

Ashley insistió —aquella era la casa, no había duda, tal vez fuera un error... ¿No esperaban allí un paquete?

¿Qué es? —preguntó la señora.

El señor Ashley respondió que no lo sabía.

Y, de cualquier forma, aquella señora no era el señor Baumann, por eso Ashley, tras despedirse educadamente, bajó la escalera y, de nuevo en la calle, volvió a mirar el número del edificio. Sin duda: el 217.

Algo fallaba en aquel pedido. Ashley, un poco perdido, sin saber qué hacer, echó a andar por la calle. A medida que avanzaba, empezó a sentir algo extraño, como si lo estuviesen observando, como si alguien le clavase los ojos en la nuca; sin embargo, no había nadie en la ventana, no se veía a nadie.

Caminó un poco más y aquella sensación de extrañeza no lo abandonó: ¿quién lo observaba? De repente, levantó la cabeza y, como por instinto, se fijó, sobresaltado, en el número del edificio que ahora tenía enfrente. Era el 217. Se paró. De inmediato, dio unos pasos apresurados, casi corriendo, hacia la izquierda, en la misma dirección en la que había venido. Un edificio al lado de otro y de otro. Todos con el número 217. Cambió de sentido y echó a correr hacia el otro lado de la calle. En ese momento debía de transportar tanta sorpresa o miedo o curiosidad por el mundo que el paquete era como si contuviera un objeto hueco o ni siquiera eso: el mismo paquete estaba hueco, como si fuese el envoltorio de nada, o, mejor dicho, nada envolviendo nada. Y lo que él veía era esto: edificios y edificios, unos al lado de otros, unos más antiguos, otros nuevos, otros remodelados hacía poco tiempo. Pero algo los unía: el número 217.

Después, recorrió meticulosamente la calle de arriba abajo, de un lado a otro: todos los edificios tenían el número 217. La calle era enorme. Cientos de edificios.

Miró de nuevo el pedido que llevaba en las manos como quien busca ayuda en un objeto. En él constaba el domicilio. Era aquella calle, sin duda. Y era el número 217, segundo piso. Sin embargo, todos los edificios tenían segundo piso. Por tanto, la clave estaba en el nombre. Aquel pedido había que entregárselo al señor Baumann; seguramente en aquella calle había un Baumann.

Dio media vuelta y empezó desde el principio.

Más pronto o más tarde encontraría al señor Baumann, le entregaría el pedido y lo obligaría a responder a la pregunta: ¿qué hay dentro del paquete?

Todo esto, cabe señalar, sucedió al día siguiente de que el señor Ashley hubiese atropellado a Aaronson, el corredor de la rotonda.